

De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas¹

Davydd J. GREENWOOD
Cornell University

INTRODUCCIÓN

No cabe la menor duda que una de las más importantes señas de identidad de los antropólogos sociales es su compromiso con la observación participante como la manera principal de llevar a cabo sus investigaciones. Al escribir sus propuestas de estudio y al distinguir entre la antropología y otras formas de investigación social, los antropólogos se describen con orgullo como los que hacen «trabajo de campo» por medio de la observación participante, trabajo que requiere residir *in situ* y realizar unas investigaciones por un período largo de tiempo. Al hacer estas afirmaciones, conscientemente creamos la implicación de que los otros investigadores sociales no salen de sus bibliotecas, no se levantan de sus sillones para trabajar con sus «informantes» o tratan a éstos como datos y no como otros seres humanos. Respetar la tradición de la investigación participante es una de las primeras lecciones que les enseñamos a los estudiantes de antropología.

Sería difícil enfatizar demasiado la importancia de la observación participante en la historia de la antropología. Se puede afirmar que las enormes contribuciones intelectuales de la antropología durante este siglo se han conseguido precisamente a raíz de esta práctica. El descubrimiento, la localización y la estructuración del panorama mundial de las gentes y las culturas es un resulta-

¹ He tenido el placer de recibir una excelente crítica de este trabajo de María Jesús Buxó i Rey y múltiples sugerencias editoriales de María Jesús Buxó y de Maribel Jociles Rubio para mejorar mi expresión en castellano. Les agradezco a las dos el esfuerzo y el apoyo profesional que supone. También les agradezco a Maribel Jociles Rubio y Ana Rivas Rivas la invitación a participar en este número de la revista.

do directo de la observación participante. La inmensa y rica bibliografía de estudios etnográficos hechos en todas partes del mundo son testimonio de la fecundidad de la observación participante y de su capacidad para fundamentar una comprensión más general de la condición humana.

Sin embargo, ahora se le presentan muchos retos a la observación participante. Algunos desafíos emanan directamente de la antropología misma, en forma de críticas intelectuales a la posición de participante, hechas desde las perspectivas de la teoría locacional (Gupta y Ferguson, 1997), el constructivismo y la concepción de la etnografía como una más entre las formas de la narrativa (Clifford y Marcus, eds., 1986). Otros tienen su origen en una especie de ineptitud para entrar en la actividad del trabajo de campo bajo unas condiciones menos cómodas que las que se viven en la academia. Y otros se basan en la creciente distorsión intelectualista de las ciencias sociales académicas y las humanidades; que parecen privilegiar la teoría *uber alles* y dar espacio a unos discursos herméticos y autopoéticos inter-académicos que se verían interrumpidos por la confusión que crearía la información concreta que trae consigo la observación participante en el mundo extra-académico.

Aunque estos desafíos se discutan internamente en la antropología mediante unos buenos debates internos, debates que varían bastante de un país a otro, no obstante, no resultan resolutivos al plantearse en un estado de entero aislamiento. Desde fuera de la antropología, hay un innegable aumento de la popularidad y la importancia de la observación participante. El abundante y pluridisciplinar campo de la «investigación cualitativa» crece rápidamente y depende cada vez más del trabajo de campo por medio de la observación participante como el *sine qua non* de su desarrollo profesional. Lo practican los pedagogos, los sociólogos cualitativos, los especialistas en las ciencias empresariales, en la planificación, en los servicios sociales, en los estudios de la familia, en el comportamiento organizativo, en las consultas basadas en las teorías de sistemas y en muchos campos más. En este sentido, ellos contribuyen mucho más a la literatura basada en la observación participante y el trabajo de campo que los mismos antropólogos. Las páginas de la revista *Qualitative Inquiry* están repletas de tales trabajos, pero muy pocos artículos están escritos por antropólogos. El manual más vendido en este campo, *The Handbook of Qualitative Inquiry* (Denzin y Lincoln, eds., 1994) es una enciclopedia de los métodos de la investigación cualitativa en la cual la observación participante tiene un papel importante. Sin embargo, sólo una pequeña minoría de los autores son antropólogos. Estos desafíos brindados por la investigación cualitativa son importantes y merecen un mayor grado de atención por parte de los antropólogos.

En la otra cara de la moneda, el creciente campo de los «estudios culturales» (*cultural studies*) tiene la clara intención de apropiarse de la capacidad de

hablar canónicamente sobre las culturas y sus múltiples significados. En principio, no es negativa la creación de otras perspectivas en el estudio de la cultura, ya que los estudios culturales han producido unos trabajos realmente interesantes y bien disciplinados (*e.g.* McGuigan, ed., 1997). No obstante, una gran cantidad de lo que pasa por «*cultural studies*» consiste en la apropiación decimonónica desde el sillón del lenguaje antropológico, divorciado de los contextos del trabajo de campo mediante observación participante y las experiencias personales que, en su momento, generaron este lenguaje. Los resultados pueden ser, y son a veces, unas observaciones turísticas envueltas en una nube de argot académico. Sin embargo, los estudios culturales han sido «maná» del cielo para las facultades de literatura y las culturas nacionales cuyo «proyecto nacional» se colapsó con las últimas décadas de este siglo (véase Readings, 1996). Estas bandas de vándalos académicos son una fuerza importante en las políticas académicas y son mucho más conscientes de sus juegos políticos institucionales que la mayoría de los antropólogos, tal vez porque los humanistas ya se han asomado al abismo de su propia aniquilación, un abismo que la mayoría de los antropólogos todavía no percibe.

Finalmente, al menos en los Estados Unidos, la «restauración conservadora» (Shor, 1996) ha jugado un papel significativo en estos procesos. Aunque me llevaría demasiado lejos documentar más allá esta postura², parece claro que la creciente supeditación de la investigación académica a los intereses comerciales y de la clase política se evidencia, entre otras cosas, en la antipatía creciente hacia la observación participante. La razón es que la observación participante es capaz de forzar la revisión de cualquiera de las «historias oficiales» por medio de la residencia a largo plazo en lugares controvertidos y oprimidos. Estas verdades ancladas en la tierra son, a menudo, antitéticas a los intereses de las clases dominantes y los intelectuales orgánicos de cualquier régimen.

El propósito de este trabajo es aclarar la noción de observación participante, no sólo a través de una crítica interna de la antropología social, sino confrontando la antropología con las distintas maneras en que la observación local y la acción social se desenvuelven en el campo pluridisciplinar de la investigación-acción. Pienso que el distinto punto de vista epistemológico, metodológico y ético de la investigación-acción nos ayuda mucho a aclarar los puntos fuertes y las debilidades de las prácticas antropológicas de la observación participante³.

² He escrito sobre este tema en varias publicaciones, *e.g.*, Greenwood y Levin, 1998, Greenwood, 1988, 1991.

³ Aquí no hablo de la llamada “antropología aplicada”. La investigación-acción no es un sinónimo de la antropología aplicada y es, a menudo, muy crítica con la epistemología y las prácticas éticas de una gran parte de lo que se llama la antropología aplicada.

DEFINIR Y UTILIZAR LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE

A pesar de su importancia, la observación participante sólo se define generalmente en la práctica y la literatura analítica sobre el concepto es realmente pobre. Básicamente los antropólogos decimos que la observación participante es la investigación que se basa en vivir con (o cerca de) un grupo de informantes durante un período extendido de tiempo, durante el cual se mantienen conversaciones largas con ellos y se participa en algún grado en la vida local.

Aunque ésta pueda parecer una actividad modesta, ha tenido un impacto profundo en las culturas de Occidente durante este siglo. La observación participante ha proporcionado una plataforma rica desde la cual se ha podido luchar en contra de la hegemonía de teorizar sobre los humanos como un sustituto de conocerlos directamente, y ha ocasionado un refinamiento académico sin paralelo sobre la diversidad y la complejidad de las culturas. La observación participante ha ganado validez como método porque, repetidas veces, nos ha proporcionado unas sorpresas muy productivas. Muchos antropólogos han aprendido cosas que no sabían, y que ni siquiera se les hubiera ocurrido investigar, a causa del contacto prolongado con la gente local. Estos encuentros han fundamentado la teorización basada en las experiencias directas, lo cual ha aportado algunas de las lecciones más ricas. Casi todos los antropólogos pueden señalar las etnografías claves que afectaron profundamente su manera de pensar, hecho que demuestra que la observación participante nos ha permitido encontrar las maneras de unir las particularidades de experiencias altamente locales con las cuestiones humanas universales.

UNA CRÍTICA DE LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE

A estas alturas, debe estar claro que me considero un partidario del método de investigación que los antropólogos sociales han reivindicado por mucho tiempo como el suyo. Sin embargo, el valor de la observación participante no resuelve todas las críticas. En muchos sentidos, la observación participante es una idea vaga e incoherente que ofusca a la vez el papel del observador y los eslabones entre las acciones que produce un análisis y las teorías antropológicas.

La observación participante, como definición de una actividad metodológica, tiene ciertas peculiaridades. Privilegia la «observación» como la meta central y sólo invoca la participación como forma adjetivada. La noción de «observación» en sí tiene una fuerte carga positivista, porque en el lenguaje normal la observación evoca a un observador separado de (y distinto a) los «objetos» de su «observación.» En muchos sentidos, esto es sencillamente la

repetición de la posición clásica positivista, basada en el dualismo cartesiano (Toulmin, 1990).

¿Qué es lo que quiere decir «participante» en esta frase? A mi entender, resulta conveniente, si no intencionadamente, impreciso. El antropólogo se adjudica el estatus de participante, pero el carácter de esa participación no se define. Puede consistir en la residencia a largo plazo en una comunidad, para lo cual el antropólogo ha recibido o no una invitación. Puede referirse a vivir con una familia o solo, compartiendo las actividades del grupo o no o, incluso, siendo una carga para la gente local o una fuente de ingresos. Puede implicar el ser un crítico de sus comportamientos o un interlocutor valorado que contará sus historias a los de fuera. Lo que claramente no implica es que los «sujetos-objetos» locales sean dueños de los resultados de las investigaciones. A este respecto, el observador participante generalmente afirma que la participación es una manera de adquirir los conocimientos, pero que esos conocimientos son de su propiedad.

Además de las implicaciones egoístas y de la explotación inherentes a esta formulación de la investigación antropológica, la observación participante ha servido para ofuscar las acciones de los antropólogos en sus trabajos de campo. La observación participante es menos un método que una manera general de comportarse que se deja abierta a muchas tácticas metodológicas distintas. Como una forma de comportamiento, la observación participante ha sido una modalidad de práctica profesional con éxito, pero sólo recientemente se le ha dedicado la debida atención para comprender la complejidad de estos comportamientos y sus implicaciones para la localidad estudiada y la construcción de los «objetos-sujetos». Esta atención se ha concretado principalmente en forma de unas críticas útiles desde la perspectiva de la teoría locacional, el constructivismo, la posicionalidad y el análisis de los discursos. Estas críticas, aunque a menudo muy legítimas, han tenido el efecto de poner a la defensiva a los antropólogos con relación a sus trabajos de campo o también les han llevado a rechazar el encuentro profundo que requiere la investigación participante.

La falta de precisión en el concepto de observación participante tiene otra implicación negativa. Son innumerables las propuestas de investigación de colegas y estudiantes de doctorado, que he tenido que leer, en las cuales anuncian que su metodología será la de la «observación participante». Bajo presión, tal vez añaden que piensan hacer unas entrevistas no-estructuradas, observar unas actividades y recopilar unos documentos. En el presente mundo de la investigación cualitativa, esta imprecisión nos lleva al suicidio profesional. Los observadores participantes en los otros campos ya mencionados dan una relación mucho más amplia, específica y sofisticada de los métodos que guían sus investigaciones, abriéndose así a la crítica y al debate sobre los mé-

todos, una crítica que la antropología, casi sola entre las disciplinas, ha suprimido. Pienso que va a llegar pronto el día en que los antropólogos o se hacen competentes para entrar en estos debates metodológicos o van a encontrarse sin fondos de investigación y sin un público que les respete, excepto que prefieran convertirse en un subgrupo metido en una facultad de humanidades haciendo «estudios culturales».

Finalmente, el uso antropológico del término observación participante ha ofuscado la relevancia positivista de la recolección de datos en el trabajo de campo. Durante varias generaciones, los antropólogos hemos recogido datos detallados sobre el parentesco y la demografía, los sistemas de propiedad, las actividades económicas, y otros. Estas actividades caen generalmente dentro del terreno general de las ciencias sociales convencionalmente positivistas y han sido muy importantes para documentar y legitimar los trabajos de los antropólogos, así como para crear un contexto propicio a sus análisis más cualitativos. Lo que quiero decir es que la observación participante no es inherentemente ni una metodología cualitativa ni cuantitativa. El compromiso antropológico ha sido seguir los datos por donde sea necesario y posible y con los métodos requeridos, incluidos los cuantitativos.

LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE EN LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN⁴

La investigación-acción no es una disciplina, ni una facultad, ni un método. Es un grupo de prácticas multidisciplinares orientadas a una estructura de compromisos intelectuales y éticos. La investigación-acción es investigación social desarrollada mediante una colaboración entre un investigador profesional y los «dueños del problema»⁵ en una organización local, una comunidad o un grupo intencional creado para un propósito específico. Juntos, estos colaboradores definen la meta del proyecto de investigación-acción, diseñan el proceso de investigación, desarrollan las preguntas y las capacidades investigadoras de todos los colaboradores, llevan a cabo la investigación, desarrollan y ponen en acción los resultados. Cualquier método de investigación, moralmente acepta-

⁴ Con mi colega, Morten Levin, he escrito una introducción extensa a la investigación-acción en donde el lector podrá encontrar una presentación mucho más completa (Greenwood y Levin, 1998).

⁵ Esta expresión, “the owners of the problem”, se toma del noruego y me parece más adecuada que el término “stakeholders” (más o menos, “interesados”) que se suele usar. Quiere decir que están implicados en el proceso los que realmente viven las consecuencias del problema de forma directa. Ellos mismos intentan transformar su situación; no esperan a que los expertos vengan a solucionársela.

ble, está permitido en la investigación-acción, pero sólo ciertos tipos de resultados son aceptables. La investigación-acción se compromete abiertamente con el cambio social democratizante, y su éxito o fracaso se juzga según el grado en que las acciones diseñadas en el proceso producen tal cambio.

Ninguna disciplina ni metodología tiene monopolio sobre la investigación-acción. Se puede realizar por parte de todos los científicos sociales, incluidas las ciencias sociales aplicadas, así como también hay proyectos que emergen de las ciencias, la ingeniería y las humanidades. Aunque existan redes nacionales e internacionales de investigación-acción, no hay ninguna organización profesional que las enmarque o discipline a todas. Los investigadores no tolerarían ese tipo de intervención en sus prácticas. La meta de la investigación-acción no es construir feudos académicos y consultorías, sino promocionar el cambio social democrático y sustentable. Además, la investigación-acción es muy sensible a los contextos y a los planteamientos políticos. Por tanto, la investigación-acción en los países pobres bajo unas condiciones económicas y políticas opresivas es muy distinta al mismo tipo de investigación en una empresa industrial multinacional o en una escuela pública de un barrio residencial rico.

También los significados de la democracia varían mucho. Algunos en la investigación-acción conciben la democracia como un sistema muy igualitario. Otros la ven como una forma de acción social solidaria pero que no borra las diferencias. Algunos llegan a la investigación-acción desde la experiencia del activismo sindical y otros desde una perspectiva reformista sobre las relaciones industriales. Hay debates fuertes sobre las estrategias, acciones y los problemas de la coartación dentro de estas redes de la investigación-acción. Así que no es una práctica homogénea. Es más bien un campo de debate ruidoso y activo sobre el valor de la investigación social para el cambio social.

Conviene tener en cuenta que los retratos breves y generales de la investigación-acción son equívocos. Sin embargo, es necesario darle al lector una perspectiva global como una herramienta con la cual juzgar la crítica de la observación participante que estoy delineando. Estos argumentos se encuentran en forma más extensa en Greenwood y Levin (1998).

La investigación-acción es una forma de investigación «co-generativa», en el sentido de que un grupo de los dueños legítimos del problema y un investigador profesional se reúnen para co-desarrollar sus metas investigadoras y para el cambio social. El trabajo es de colaboración, no lo dirige el investigador externo. Los conocimientos expertos se consideran importantes pero los conocimientos locales se consideran esenciales. Los investigadores en esta tradición no presuponemos que el entrenamiento en los métodos de la investigación substituya una vida entera de experiencia en una situación local. Juntos, en un espacio nuevo creado entre todos, los conocimientos de expertos y

locales generan nuevas formas de comprensión de las que no se disponía antes. La investigación-acción tiene un compromiso con los valores de la colaboración, la democratización y la justicia en las estructuras sociales. Estos valores guían la investigación y fijan los parámetros para los resultados considerados aceptables entre los colaboradores.

La prueba de la validez de la investigación-acción no es su aceptación por una comunidad de investigadores expertos, sino que se juzga entre los dueños locales del problema en cada situación específica. Si tienen suficiente confianza en los resultados para tomarse el riesgo personal y social de actuar de acuerdo con ellos, se considera un resultado válido. Dicho de otra manera, la investigación-acción se valida con lo que John Dewey definió como «*warranted assertability*» (fiabilidad justificada) (Dewey, 1976, 1991). No se trata de una prueba abstracta y rarificada de significado o un acuerdo entre miembros de una comunidad profesional sin implicación personal en la situación localmente estudiada.

Estos resultados, aunque bien contextualizados, no se limitan a una intervención en particular. Uno de los papeles importantes del investigador profesional consiste en intentar desarrollar los criterios y las experiencias para sugerir la validez transcontextual de lo que se ha aprendido en un proyecto particular, así como comunicar estos resultados eficazmente a otros grupos. Unos buenos ejemplos de este tipo de método transcontextual se encuentran en los trabajos de Björn Gustavsen y sus colaboradores en los programas suecos del LOM y ALF (véase Gustavsen, 1992, Gustavsen, *et al.*, eds., 1996).

LA RELACIÓN ENTRE LA OBSERVACIÓN PARTICIPANTE Y LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN

Dentro del marco de la investigación-acción, la observación participante llega a tener un significado distinto. Los conceptos de participación y observación se conceptualizan desde el punto de vista de una investigación colaborativa y recíproca y de una iniciativa a favor del cambio social. La opción de participar llega a ser la obligación de participar en términos negociados con (y aceptables para) los dueños locales del problema, quienes también asumen su propia obligación de participar. El observador no es un extraño a la situación; todos los participantes son, a la vez, participantes y observadores que conjugan sus observaciones con el fin de conseguir unos resultados exitosos. La observación, y el análisis que implica, no es un monopolio del profesional extraño o ajeno, exterior a la comunidad o al problema local.

Se dan estas diferencias porque la observación participante convencional sigue manteniendo la presuposición de que existe una diferencia fundamental

entre el investigador y los sujetos de la investigación, y que la investigación es algo que solamente un experto profesional puede hacer, no unos «*amateurs*» locales. Según la investigación-acción, la investigación social no es un derecho que le pertenece al experto profesional, sino que implica la aceptación de una obligación de trabajar con los interesados locales en relación con problemas importantes para ellos, a cambio de la oportunidad de trabajar con la gente local en problemas que realmente les importen⁶. Lo que está claramente ausente en este proceso es la categoría de gente llamada, en la literatura, los «informantes.» No hay nadie que sea un «informante» que da información al experto, quien sería la única persona capaz de conceptualizar esta información de una manera compleja.

Como todos los colaboradores llegan a ser observadores participantes, la dicotomía entre el investigador y el sujeto se relativiza y los colaboradores llegan a ser «co-sujetos». Todos los colaboradores deben seguir las mismas reglas; de partida pueden participar en la medida en que sus aportaciones tengan la intención de ayudar a resolver los problemas de los dueños locales de los mismos. En este contexto, como he dicho antes, la prueba de la validez de los resultados es el nivel de utilidad de las acciones que genera, no su contribución a la literatura profesional. A menudo, las formas más complejas de los conocimientos se consideran como las más útiles, precisamente porque la meta es la acción eficaz en un contexto local. Finalmente, las relaciones entre el investigador y los co-sujetos se desarrollan lentamente y con cuidado, y duran un período largo. El extraño a la situación acepta un compromiso a largo plazo con los dueños locales del problema, y ambos a menudo vuelven a pensar en la utilidad de sus mutuas relaciones para ver si estas relaciones les están llevando colectivamente hacia unos resultados satisfactorios. Esto no quiere decir que el extranjero pierda todos sus derechos⁷. En un diálogo democrático, todos tienen unos derechos y unos deberes. El extranjero debe ex-

⁶ Esto no quiere decir que no haya ningún elemento de investigación social convencional. En mi propia experiencia, una parte de lo que se aprende en los proyectos de investigación-acción carece totalmente de interés para los colaboradores locales, porque les parece obvio o irrelevante a su esfuerzo. Sin embargo, yo comprendí que lo que habíamos aprendido (o lo que yo había aprendido) a menudo era de notable importancia dentro del contexto de la investigación convencional. En estos casos, y con el permiso de los colaboradores locales, he publicado estos resultados en una forma convencional, aunque los datos y los análisis se habían creado en el contexto de un proyecto de investigación-acción.

⁷ Un proyecto de investigación-acción es un proceso que no se controla como un proyecto convencional. El “contrato” implícito entre los colaboradores normalmente es un contrato abierto en cuanto a la duración de la actividad y el nivel de implicación de los participantes. El no controlar el proceso unilateralmente, desde el punto de vista de un investigador convencional, es un gran inconveniente de la investigación-acción comparada con la acostumbrada autonomía profesional del investigador académico.

presar sus intereses claramente y abogar por ellos, exactamente como lo hacen los dueños locales del problema. Entre todos, negocian sus obligaciones mutuas y se organizan para satisfacer las necesidades de todos.

No hace falta decir que esta visión de la observación participante se vería como una demolición, una pérdida de poder de un grupo profesional por los que tienen la costumbre de hacer los trabajos de campo convencionales. Yo sólo puedo afirmar que la democratización de las relaciones sociales en la investigación es un valor ético en la investigación-acción y que es una práctica consistente con las críticas feministas, locacionales y posicionales del comportamiento investigador autoritario. Aunque he visto muchas declaraciones de la intención de limitar el autoritarismo, realmente hay muy pocos investigadores antropológicos, incluso del sector crítico, dispuestos a deshacerse de sus bienes profesionales para unir sus prácticas a sus expresas ideologías académicas.

UNOS EJEMPLOS DE MI PROPIA PRÁCTICA

En vez de continuar el discurso en un nivel abstracto, quiero documentar unas experiencias de mi propia práctica investigadora, experiencias sobre las cuales he publicado bastante pero sin examinarlas desde la perspectiva de lo que nos pueden enseñar sobre la posición del investigador durante el trabajo de campo. Varían mucho en cuanto a la duración de la intervención, el alcance de los proyectos y los contextos institucionales. De hecho, espero que haya suficiente variación para dar una idea más sutil de los problemas presentados arriba. Empiezo con un proyecto de investigación convencional y, a continuación, siguen unos proyectos de investigación-acción para contrastar.

EL ÉXODO RURAL Y LA INDUSTRIALIZACIÓN EN ONDARRIBIA

Mi primer trabajo de campo a largo plazo tuvo lugar en Ondarribia, Guipúzkoa, a partir de 1968. Aquel primer trabajo de campo duró 18 meses y se siguió con unos 8 meses más de estancia allí durante períodos cortos. Investigué el impacto de la industrialización y el turismo sobre la agricultura, aprendiendo también lecciones sobre el terrorismo y la violencia étnica a causa de la coincidencia de iniciar el trabajo en 1968. El estudio que hice fue un ejemplo de investigación-participante convencional. Seleccioné la comunidad, los temas, los métodos e hice la investigación, contraté a un ayudante, escribí y publiqué los resultados, sin compartirlos con la gente local.

A pesar de tener estos rasgos, fue un trabajo cuidadoso e innovador. Es, tal vez, el estudio socioeconómico de la agricultura familiar más detallado que se ha hecho, con un gran número de cuentas, estudio empírico detallado de los caseríos terreno por terreno, un análisis de factores y «tests» estadísticos de los resultados. Éstos se complementan con un retrato histórico del sistema agrícola en 1920 y un análisis de las cambiantes dinámicas familiares, de la economía política de la región y de sus impactos sobre la agricultura, que provocaron un éxodo rural masivo a pesar de unas rentas altas en el sector. Recientemente se tradujo al castellano con el apoyo financiero del Municipio de Ondarribia por iniciativa del profesor Mikel Azurmendi (Greenwood, 1998).

Pocos estudios antropológicos han investigado los problemas económicos tan de cerca para luego enmarcarlos en un contexto socioeconómico, haciendo que el estudio sea un buen ejemplo de una investigación antropológica positivista paradigmática. Los resultados no se compartieron con la comunidad ni tampoco hice recomendaciones sobre posibles cambios en la política agrícola franquista. Todo el beneficio de hacer el estudio le sirvió a una sola persona, a mí.

Se podría pensar que tengo mucha confianza en los resultados de esta investigación, dado el aparato investigador complejo desplegado para conseguirlos. En cierto sentido, confío en los resultados porque pienso que es lo mejor que se puede sacar de un trabajo convencional de investigación participativa durante un período de 24 meses. Sin embargo, tengo bastante más confianza en la validez y el valor de los resultados de los proyectos que describo a continuación, aunque en su totalidad no llegan a la duración de otros 24 meses de trabajo de campo. Quiero que el lector reflexione sobre las razones por las cuales hago esta evaluación, pero a través de un examen de mis otras investigaciones.

LA INVESTIGACIÓN MOTIVADA POR LOS CLIENTES *VERSUS* LA INVESTIGACIÓN MOTIVADA POR LOS PARADIGMAS⁸

Uno de mis primeros proyectos de investigación-acción se centró en dos miembros de la plantilla de un programa de extensión industrial del *Program for Employment and Workplace Systems*, del Programa de Extensión de la Facultad de Relaciones Industriales y Laborales de *Cornell University*. Junto con 2 profesores visitantes, fui miembro de un pequeño consejo colaborador para apoyar el desarrollo de una intervención destinada a ayudar a una empresa en la implantación de un nuevo sistema de producción en una fábrica que

⁸ Se publicó un análisis breve sobre este proyecto en 1988 (Greenwood, 1988).

producía cristal para laboratorios. La meta de la colaboración era conjugar la inmediatez de las experiencias de los extensionistas⁹ en la fábrica con las experiencias de los profesores en otros proyectos y con lo que éstos conocían por medio de la literatura más destacada.

Reuniéndonos con frecuencia, escuchamos los informes sobre la intervención, hicimos preguntas críticas, buscamos fuentes relevantes en la biblioteca, y resumimos los resultados de nuestras investigaciones y nuestras sugerencias para el uso de los extensionistas. También hicimos una visita de un día a la fábrica, observando la planta física y una simulación dirigida por los extensionistas que tenía como intención ayudar a los gerentes y los operarios de la fábrica a visualizar de antemano los cambios en las relaciones internas que brotarían del nuevo sistema de producción.

Durante el proyecto, todos sentimos que habíamos tenido éxito en mejorar los conocimientos y las prácticas de los demás. Los extensionistas se vieron estimulados a pensar en problemas que no se les hubieran ocurrido sin las preguntas de los profesores y la síntesis de la literatura. También los extensionistas tenían que formular lo que aprendían en la fábrica para comunicarse eficazmente con nosotros, una disciplina que rara vez impone el ciclo de trabajo normal en una consultoría. A los profesores, el caso nos brindó una comprensión rica, realista e importante de las dificultades enormes que supone mover una organización en pleno funcionamiento de una estructura a otra sin interrumpir la producción.

También creó el proyecto unas relaciones de colaboración entre los profesores y los extensionistas, por un lado, y entre ellos, la gerencia y el equipo de acción local en la fábrica, por otro, unas relaciones mediadas por los extensionistas. Gracias a ellas, se co-generaron conocimientos ricos en múltiples lugares: en Cornell mediante nuestras reuniones y, en la fábrica, mediante la interacción entre los extensionistas, el equipo de acción y el gerente. Estas distintas fuentes de conocimientos se sintetizaron, aunque de una manera limitada, con el fin de crear una buena estrategia para llevar la fábrica hacia una estructura organizativa más autogestionada y más horizontal.

Uno de los resultados fue una aplicación muy temprana de lo que ha venido a llamarse «*enterprise modeling*», a través de la construcción de un modelo del sistema existente de producción y del nuevo sistema (en una escala pequeña), así como del despliegue de éste al lado del anterior. Además del valor de observar el funcionamiento del nuevo modelo, esta táctica permitió el reci-

⁹ “Extensionista” se refiere a un puesto de trabajo en las universidades estatales norteamericanas denominadas las universidades “landgrant”. Una parte de su misión oficial es la de “extender” los conocimientos universitarios al público, y se ha creado un servicio de “extensión” para cumplir con esta misión.

claje de la plantilla en un contexto en que la gente podía ver concretamente cómo iban a ser sus nuevos puestos de trabajo.

Desde una perspectiva superficial, no había casi observación participante en este proyecto. Pasamos sólo un día en la planta como investigadores «expertos». Sin embargo, los extensionistas pasaron muchos días allí, observando, participando en las actividades, entrenando a la gente y hablando con los directores sobre el proceso de cambio. Los demás servimos como observadores participantes con los extensionistas en nuestras reuniones cuando discutimos, debatimos y re-estructuramos el proyecto.

Este tipo de investigación participante no se parece en nada al trabajo de campo unilateral a largo plazo que describe la antropología social como su método principal. El marco de nuestra participación fue dictado por la solidaridad que sentimos hacia los extensionistas y por nuestra intención de apoyarles con las investigaciones sociales más punteras y las ideas nacidas de nuestras propias experiencias. Y la presencia en la fábrica de los extensionistas fue pagada por la empresa y se basó en su capacidad de ayudar a los dueños del problema en su esfuerzo de transformar su sistema de producción.

¿Es ésta una táctica de investigación empobrecida? Mi propia experiencia me indica que desarrollé una comprensión más fundamentada y detallada del proceso en la fábrica que lo que me hubiera sido posible en un mes allí de observación participante en solitario. Tenía el derecho de aprender todo lo que sabían los extensionistas y los participantes en la fábrica porque, con ellos, me había comprometido a apoyar su proyecto de cambio social. Y los participantes locales tenían el derecho de exigir los mejores conocimientos profesionales de los que yo disponía procedentes de la biblioteca y de mis otras experiencias.

LAS COOPERATIVAS INDUSTRIALES DE MONDRAGÓN

Éste ha sido el proyecto de investigación-acción más largo y comprensivo que he llevado a cabo hasta la fecha. Se inició en 1983 cuando un colega de Cornell, el famoso sociólogo William Foote Whyte, estudiaba estas cooperativas tan conocidas para buscar la manera de generalizar sus éxitos a otras partes del mundo. Como contrapartida por la ayuda recibida de los cooperativistas para hacer un libro nuevo sobre ellos, les brindó un seminario sobre sus propias observaciones sobre las cooperativas. Aunque los alabó por sus invenciones y sus éxitos, también les llamó la atención sobre ciertos defectos en sus prácticas que le parecían merecedores de adicionales esfuerzos. En aquel momento salió una iniciativa inesperada. El director de Recursos Humanos de los Servicios Centrales del Grupo Fagor, José Luis González, le agradeció

sus críticas y le pidió una explicación de cómo Whyte pensaba ayudarles a hacer frente a estos problemas.

Whyte, ya un profesor jubilado y en un estado de salud precario, se puso en contacto conmigo, pidiéndome mi colaboración. Él sabía que yo había estado trabajando durante muchos años en Euskadi y que me interesaba el tema de la organización económica. José Luis González Santos y yo escribimos un protocolo de estudio dirigido a la comisión conjunta de EE.UU. y España, y conseguimos unos fondos para subvencionar un proyecto colaborativo que duró 4 años, en el cual desarrollamos una interpretación nueva de los procesos de gestión cooperativa, que se plasmó en 2 libros co-escritos por los participantes (Greenwood y González, 1990, 1992), 2 tesis de posgrado y varios artículos publicados (Greenwood 1998a, 1998b, 1991, 1992).

El proceso de colaboración se inició con una visita de Whyte, Greenwood y Richard Lance, un ingeniero industrial de Cornell. Estuvimos en varias fábricas y empezamos a conocer el terreno. A continuación, se me pidió impartir un seminario de un mes para formar a un grupo de 20 cooperativistas en antropología industrial. Los participantes venían de todos los niveles, pero el grupo de recursos humanos predominaba. En el transcurso del seminario (5 días a la semana, 8 horas al día), se formó un equipo de investigación-acción que empezó un autoestudio comprensivo de la historia de las cooperativas, la complejidad y dinamismo de los valores cooperativos, el papel del reclutamiento de nuevos socios en el desarrollo del sistema, y muchos temas más.

Al cabo del mes, el grupo escribió conjuntamente una monografía que se le entregó al director general del Grupo Fagor. Le explicamos que la monografía daba un ejemplo de lo que éramos capaces de hacer, que la debía leer y luego él podría decidir si debíamos seguir con el proyecto o terminarlo. Nos pidió, después de leer la monografía, que siguiéramos.

Se hicieron varias visitas de una semana cada una a lo largo del año siguiente, durante las cuales se realizó un análisis del progreso conseguido con relación a una serie de temas identificados en el proceso anterior de investigación-acción. Y luego, otra vez, montamos un seminario intensivo de un mes en el verano, con algunos de los anteriores participantes pero también con mucha gente nueva. Para entonces, se había creado el marco interpretativo general, habíamos hecho muchas entrevistas y también habíamos convocado varios grupos focalizados con un colectivo diverso de socios, y nos dirigíamos hacia algún tipo de producto final.

Nunca habíamos contraído el compromiso de escribir nada juntos. Nos habíamos comprometido a mejorar la habilidad de las cooperativas de gestionar los aspectos sociales y culturales de su sistema organizativo, para que lo pudieran hacer tan eficazmente como ya gestionaban su sistema económico. Como nuestro grupo había resaltado la complejidad interna, el dinamismo y

los valores en conflicto que inducían a las cooperativas a innovar y a estimular a los nuevos socios con los ideales cooperativistas, decidimos que debíamos comunicar más ampliamente esta visión para abrir el sistema a unos procesos sociales y culturales más dinámicos.

De acuerdo con la literatura externa sobre las cooperativas, había cooperativistas que las veían como la creación de un héroe que comprendía de antemano todos los problemas a los que iban a enfrentarse. Los socios con esta visión entendían los cambios y los conflictos como señales del debilitamiento de los valores del fundador. Nosotros confrontamos esta visión con los resultados de nuestro proyecto de investigación-acción, que demostraba que las cooperativas habían cambiado radicalmente a menudo durante su historia; que habían creado muchas innovaciones no concebidas como parte del sistema al principio; y que ya eran más democráticas que cuando se fundaron. Esta visión libró energías para el cambio e intentó persuadir a los socios a comprender sus diferencias internas como posibles fuentes de innovación en el futuro.

Para entonces, me pareció que la visión que habíamos desarrollado era tan diferente a lo que se podía leer al respecto, incluidas las obras escritas por algunos miembros de las cooperativas, que conseguí persuadir a un pequeño grupo de socios a que escribiera un libro conmigo sobre el tema. Ellos redactaron varios capítulos y diseñamos el libro conjuntamente durante un proceso largo y fatigoso. Al término de la historia, se publicaron dos versiones de él, una en castellano (Greenwood y González, 1990) y otra en inglés (Greenwood y González, 1992), y yo publiqué aparte varios artículos sobre los aspectos del sistema que me parecían útiles para otros investigadores. La versión castellana se sigue usando en las cooperativas como parte del programa de formación de los nuevos ingresos.

El significado del concepto de sabiduría co-generada está seguramente más claro en este caso más extenso. A lo largo del proceso, participaron un total de unos 45 socios, 2 investigadores sociales, 2 estudiantes de maestría y un doctorando, cada uno añadiendo sus conocimientos y sus perspectivas a una comprensión co-generada de las dimensiones sociales y culturales y de los retos confrontados por las cooperativas. Una constante mezcla de los conocimientos internos y externos tuvo como efecto la creación de conocimientos nuevos para todos.

Y estos conocimientos se comprobaron de varias maneras. Para empezar, los miembros locales del equipo tenían suficiente confianza en los resultados como para publicarlos y diseminarlos entre los otros socios. También se puso en marcha un programa de formación en investigación-acción para hacer frente a los retos continuos lanzados en contra de las cooperativas. Una cooperativa en particular nos había llamado la atención por su clima interno de conflicto y su estado de salud económica débil. Después de nuestro proyecto, una

nueva investigación-acción se llevó a cabo en esta cooperativa con la ayuda de algunos miembros de nuestro equipo y gente entrenada por ellos. Ahora esta cooperativa se encuentra entre las más exitosas en el sistema. Aunque no se puede asegurar que este éxito se deba atribuir directamente al proceso de investigación-acción, el ejemplo aclara lo que se quiere decir cuando afirmamos que la investigación-acción crea una «garantía de acción» (*warrant for action*).

¿Cuál fue, entonces, el papel de la observación participante en el proceso?. En el transcurso del proyecto, yo pasé un total de unos 5 meses allí durante unas 20 visitas. Entre viajes, visité unas 10 cooperativas, compartimos unas 2.500 comunicaciones por módem (en la era «ante-correo electrónico»). Participé en centenares de horas de reuniones y estuve en cientos de almuerzos y cenas con los socios de las cooperativas del equipo de investigación-acción. Así que participé y observé.

Pero mi participación estuvo dirigida en su totalidad por la agenda colaborativa creada entre los miembros del equipo, y mis observaciones no fueron más solamente, sino observaciones compartidas y confrontadas por los demás, que también eran observadores participantes. Nos pusimos de acuerdo en que cualquier escrito sobre el proyecto se elaboraría conjuntamente o tendría que ser aprobado por los miembros del equipo. Así, cualquier idea mía tenía que pasar por el análisis crítico y duro de los socios internos de las cooperativas, grandes conocedores de los temas ¹⁰.

Cuando yo describo este aspecto del papel del investigador en la investigación-acción a los estudiantes entrenados en otros métodos, a menudo su reacción es la de ver las relaciones con los participantes internos como una gran restricción de su autonomía profesional, de su capacidad de hacer y decir lo que quieran, y de su propensión a reservarse el análisis para ellos mismos y sus colegas académicos. Todo esto es verdad pero también supone ignorar las enormes ventajas de la investigación-acción como método. En este proyecto sobre Mondragón, conté con el compromiso activo de 45 dueños locales de los problemas, para los cuales estos problemas se veían como los más importantes en su vida laboral. Entre todos, juntaban décadas de experiencias en casi todos los aspectos de las operaciones de las cooperativas. La mayoría de ellos tenía acceso a información crítica y privada sobre la economía y la estructuración social de las mismas. Casi en cualquier momento, cuando necesitábamos un dato que nos hacía falta, alguien en el grupo sabía conseguirlo rápidamente. Considero que, aun con 50 años y fondos ilimitados, nunca hubiera podido acceder a tanta información sobre las cooperativas.

¹⁰ Mis propias publicaciones que salieron del proyecto son Greenwood, 1988a, 1988b, 1991 y 1992.

Y pienso que los resultados son válidos. Los participantes locales tenían en juego intereses muy importantes y querían usar nuestros resultados para continuar el proceso de crecimiento y desarrollo del sistema que les daba empleo. ¿Cuántas veces, en la investigación convencional, le importa al «informante» si has acertado en tus análisis? En nuestro caso, los participantes locales pusieron en práctica los resultados de nuestros trabajos participativos.

LA EMPRESA 2000

Durante casi 15 años, como un resultado fortuito de los trabajos en Mondragón, me he involucrado en varios proyectos de investigación y pedagogía en Noruega, Suecia y Holanda, aunque mis actividades más intensas se han llevado a cabo en Noruega con mi colega y co-autor Morten Levin, en la Universidad de Ciencia y Tecnología de Noruega (NTNU) en Trondheim, y con varios proyectos de democracia industrial subvencionados por el gobierno nacional. Durante estos años, he visitado NTNU a menudo, he supervisado a varios estudiantes de doctorado allí, y he servido como director académico a unos estudiantes de NTNU en *Cornell University*.

Durante los últimos 3 años, he participado en el Módulo Trondheim del proyecto Empresa 2000, un proyecto nacional subvencionado conjuntamente por el gobierno, la confederación de dueños de empresa y los sindicatos con el fin de mejorar la situación laboral y la competitividad de la industria noruega. Hay varios módulos en distintas instituciones en Noruega. El módulo de Trondheim comprende intervenciones en 5 empresas en distintos sectores.

El equipo de Trondheim incluye ingenieros e investigadores sociales. Pero el equipo se divide en parejas que trabajan separadamente en las empresa con los operarios, los directores de recursos humanos, los ingenieros y los altos mandos. Juntos asesoran los problemas y desarrollan sus diseños para mejorar el funcionamiento de sus sistemas y la calidad de la vida laboral. Estos equipos informan al módulo entero del progreso y los detalles de sus proyectos, y los otros participantes ofrecen sus sugerencias y sus críticas, en una forma parecida a lo que hicimos en el caso de Relaciones Industriales y Laborales, arriba narrada. Además, el módulo organiza reuniones de una red formada por los participantes de todas las empresas integradas en él para que puedan aprender de sus experiencias diversas, y esto es un elemento especialmente popular del programa.

Dentro del módulo tengo la obligación de servir de consultor del equipo y como crítico externo. Añado mis propias sugerencias y críticas de las intervenciones en las empresas, les ayudo a mantener un enfoque en las metas globales del programa Empresa 2000, y les apoyo en el proceso de elaborar

publicaciones que les permitan comunicar lo que van aprendiendo a un público más amplio interesado en la investigación-acción.

Cumplir con estas obligaciones y, a la vez, trabajar a tiempo completo en mi propia universidad limita mi dedicación a cada empresa concreta a unos pocos días. El lugar de mi observación participante es el módulo mismo, donde asesoro su estructura, sus operaciones, sus ventajas y sus debilidades. Esto se hace con la dedicación de aproximadamente dos visitas al año de una semana cada una, la lectura de los informes, la crítica de los manuscritos que van produciendo los miembros de los equipos, y la evaluación participativa de los procesos y los resultados, buscando así lecciones de alcance general.

Mi participación se basa en unos valores compartidos en cuanto a la democracia industrial y la mejora de la calidad de la vida laboral, en una visión de los investigadores universitarios como contribuidores importantes al bienestar económico, y en la creencia de que la investigación-acción es la mejor manera de aproximarse a estas metas. Yo llevo unos conocimientos de experto de fuera de Noruega y los otros miembros del equipo conocen íntimamente el escenario nacional y las empresas. Junto con los participantes en las empresas, formamos una estructura co-generativa para aprender y actuar.

LA INVESTIGACIÓN-ACCIÓN EN LA MANCHA¹¹

Este proyecto es muy diferente a los demás porque se inició por motivos intensamente personales y afectivos. Fue un proyecto de investigación-acción para el desarrollo comunitario en un pueblo de La Mancha. Duró unos 15 meses y reunió a adversarios sociales y políticos en un esfuerzo común de crear puestos de trabajo y asegurar el futuro de la comunidad.

Este pueblo, principalmente agrario, de unos 8.000 habitantes, se enfrenta con las presiones que suelen causar que la gente joven abandone los pueblos en busca de mejores trabajos, un problema que afecta a los ricos y a los pobres, a los socialistas y a los conservadores, de una manera parecida. El proyecto tuvo como meta desarrollar unos planes de acción para estimular unos cambios positivos en esta situación. Pero la historia subyacente es más compleja. Mi esposa nació en el pueblo y todavía mantiene fuertes lazos afectivos con el lugar. Yo visité el pueblo por primera vez en diciembre de 1964 y he vuelto muchas veces desde entonces, residiendo allí por un total de 9 meses. Durante todos estos años, he llegado a conocer el pueblo un poco y la gran red de parientes de mi familia política.

¹¹ Un reportaje breve sobre este proyecto se publicó como Greenwood, 1998.

El pueblo tuvo un alcalde socialista durante 12 años e hizo más que nadie para recrear una base viable para el desarrollo económico. Lo llevó a cabo creando lazos con gente de todos los grupos políticos y sociales, una actividad poco común en este tipo de comunidad. Aprovechándose del 750 aniversario de la misma, le pidió a mi esposa (miembros de cuya familia firmaron la carta puebla) que escribiera algo sobre su relación con el pueblo dado que era la primera mujer nacida en él que había conseguido un doctorado universitario. Ella aceptó la invitación y, a continuación, le hicimos una visita de cortesía. En el transcurso de aquella conversación, empecé a preguntarme si yo podría aportar algo al pueblo y así honrar a mi mujer. Le ofrecí hacer un proyecto de investigación-acción *pro bono*, aprovechándome de un semestre sabático que yo tenía disponible. Él aceptó inmediatamente y, durante los próximos 15 meses, trabajamos intensamente en el proyecto.

Éste se inició dando yo un cursillo sobre investigación-acción a un grupo grande de enseñantes del pueblo. La idea era entrenar a esta gente para dirigir los procesos de investigación-acción y luego colaborar con ellos en cuanto grupo organizador de un proceso comunitario. También se les convocó para desarrollar una «búsqueda» (*search conference*)¹², un proceso de planificación estratégica comunitaria, en el cual participaron 45 miembros de la comunidad (de todas las edades, estratos sociales e ideologías políticas y religiosas) para conceptualizar el futuro de la comunidad y diseñar las acciones necesarias para mejorarlo.

La búsqueda tuvo mucho éxito en generar una base común de comprensión local de muchos de los problemas que incidían en el desarrollo social y económico del pueblo, y se crearon varios equipos de acción que empezaron a trabajar sobre problemas específicos. Algunos de los proyectos dieron resultados modestos, pero el proceso entero se cortó cuando, en las elecciones municipales, el alcalde fue reemplazado por una alcaldesa del Partido Popular y el apoyo municipal al proyecto se terminó. Hace poco, los Socialistas han ganado otra vez la alcaldía. Tal vez el proyecto renazca.

En este caso, la colaboración tuvo muchas formas. La hubo para entrenar a la gente y crear capacidad entre los enseñantes, quienes son protagonistas-clave en el desarrollo local y cuyos estudiantes se ven afectados directamente por las condiciones de empleo. También hubo colaboración entre los adversarios sociales y políticos por mediación de los representantes de los grupos,

¹² Una “search conference” es una técnica de especificación de problemas y de creación de planes de acción y de grupos dispuestos a actuar, inventada en Australia y diseminada ahora por Escandinavia y los Estados Unidos. No es un “congreso” sino una reunión de los dueños del problema durante 2 días para replantear su futuro. Una descripción de la técnica se encuentra en Greenwood y Levin, 1998.

herederos de los acontecimientos terribles de la Guerra Civil, unidos por la esperanza de una mejor vida para la gente joven y de vivir acompañados de sus hijos y nietos en su tercera edad. Hubo colaboración entre el gobierno municipal, el gobierno provincial, la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, las universidades, el Centro de Educación de Profesores y la parroquia del pueblo. Y, finalmente, hubo colaboración entre un extranjero conocedor de los procesos de la investigación-acción, su esposa, quien es a la vez un miembro del pueblo comprometido con su futuro y una residente en el extranjero, y la gente local, que compartieron una meta común de desarrollar la comunidad.

Para dar un ejemplo de los tipos de conocimientos que se co-generan en este tipo de proceso, me voy a referir nada más que a una dimensión de la búsqueda: la selección e invitación de los participantes. Para que una búsqueda tenga éxito, es necesario incluir a representantes de los distintos grupos sociales, culturales, políticos, edades, géneros, etc. relevantes para el problema bajo consideración. Una vez que —en el caso de Castilla-La Mancha— el grupo formado había enfocado el desarrollo económico como el centro de la búsqueda, pasamos tal vez 8 reuniones, de varias horas cada una, intentando hacer un mapa de la diversidad de la comunidad y luego escogiendo a personas representativas de cada categoría. Me quedé fascinado por la inmensa cantidad de información sobre el pueblo que aprendí de esta forma, mientras los colaboradores sugerían unas categorías, las desecharan, las modificaban, las sintetizaban y mientras nombraban y comentaban acerca de un sinnúmero de personas (la mayoría de las cuales yo no conocía), rechazaban las nominaciones, sugerían otras para invitar a participar en la búsqueda. No soy capaz de imaginarme una manera más rica que ésta de profundizar en los conocimientos de una comunidad. En comparación con mis 30 años anteriores de visitas, lo que aprendí en unas pocas semanas fue mucho más profundo.

Lo que he dicho sobre la observación participante en las secciones anteriores se aplica aquí también. La diferencia era que yo también era un participante comprometido de una manera profundamente afectiva, a causa de lo cual experimenté un nivel de energía y compromiso con el proyecto que trasciende totalmente lo que he sentido antes en cualquier proyecto. Lejos de percibir que yo había perdido algo a causa de mi compromiso personal, sentí que mi vida profesional y personal se habían enriquecido.

CONCLUSIONES

El lector no se sorprenderá al leer que pienso que la investigación-acción es muy superior a la investigación convencional y que, a la vez, es éticamente

más defendible. La investigación-acción claramente redefine la relación establecida entre el antropólogo y los demás participantes, y lo hace por unas razones positivas. La investigación-acción es epistemológicamente superior a la investigación convencional, porque la investigación colaborativa reúne vidas enteras de conocimientos locales y profesionales en una visión bien fundamentada, y pone en tela de juicio las construcciones teóricas creadas por medio de acciones concretas que o tienen éxito o son equivocadas. El aprendizaje co-generativo incorpora los conocimientos locales y resuelve la ignorancia del extraño a la situación en un grado mucho mayor que otros métodos de investigación. La validez de los resultados se confirma en la acción, no a través de la aprobación de unos colegas académicos.

Además, la investigación-acción es mucho más coherente con las teorías de la locación, el constructivismo y las filosofías pragmáticas que la observación participante convencional que encarna los paradigmas positivistas y jerárquicos. También la investigación-acción tiene un compromiso con el uso de múltiples métodos y visiones, precisamente en la manera recomendada por la revolución postmoderna en contra de los paradigmas hegemónicos.

Si el argumento que doy aquí es correcto, ¿por qué no está ya incorporada a la antropología la investigación-acción en la cual todos los participantes son participantes y observadores? Las razones no me parecen difíciles de buscar. Primero, el positivismo persiste fuertemente en la antropología. Aunque todos conocemos las críticas al positivismo, seguimos apelando a un compromiso incuestionable con la observación participante y el trabajo de campo como una panacea para los problemas de conocimiento. O sea, no actuamos de acuerdo con las críticas que decimos aceptar.

También hay que contar con el elitismo de las profesiones académicas. A pesar de la afirmación de la antropología social de ser una forma de investigación que apoya a los que no han tenido «voz» en la historia, me parece que a los antropólogos nos sigue gustando mantener el estatus de intelectual que controla el proceso, recoge e interpreta los datos, todavía sin imaginarnos que las interpretaciones de nuestros «informantes» podrían ser mucho más que unos «datos».

Finalmente, debemos contar con las presiones para alejar a las disciplinas de investigación social de los esfuerzos de reforma social definiendo el compromiso con el cambio social como anti-académico y anti-científico. Habiéndonos dejado coartar por estas presiones, la antropología ha llegado a «formar una parte del problema» que la investigación-acción intenta resolver de muchas maneras, entre ellas, la observación participante colaborativa.

BIBLIOGRAFÍA

- CLIFFORD, James y George MARCUS, eds. (1986): *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley, University of California Press.
- DENZIN, Norman y Yvonna LINCOLN, eds. (1994) *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, CA. Sage Publications.
- DEWEY, John (1976): *Studies in Logical Theory*, en Boydson, Jo Ann, ed., *John Dewey: Essays in Logical Theory 1902-1903*. Carbondale, Southern Illinois University Press (publicado originalmente en 1903).
- (1991): *Logic: The Theory of Inquiry*. En Boydson, Jo Ann, ed. *John Dewey: The Later Works, 1925-1953*. Carbondale, Southern Illinois University Press (publicado originalmente en 1938).
- GREENWOOD, Davydd (1.988a): Egalitarianism and Solidarity in Spanish Basque Cooperatives: The Fagor Group of Mondragón, en James Flannagan y Steve Rayner, eds., *Rules, Decisions, and Inequality in Social Groups*. London, Croom-Helm: 43-70.
- (1988b) Paradigm-centered versus Client-centered Research: A Proposal for Linkage, *Proceedings of the Forty-Second Annual Meeting, Industrial Relations Research Association*: 273-281.
- (1991): Collective Reflective Practice through Participatory Action Research: A Case Study from the Fagor Cooperatives of Mondragón, en Donald A. Schön, ed., *The Reflective Turn: Case Studies in and on Educational Practice*. New York, Teacher's College Press, pp. 84-107.
- (1992) Labor-managed Systems and Industrial Redevelopment: Lessons from the Fagor Cooperative Group of Mondragón, en Frances Abrahamer Rothstein y Michael L. Blim, eds, *Anthropology and the Global Factory: Studies of the New Industrialization in the Late Twentieth Century*. New York, Bergin and Garvey: 177-190.
- (1998): *Hondarribia: Riqueza ingrata: Comercialización y colapso de la agricultura*. (traducción de María Belmonte Barrenetxea). Donostia, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. (traducción de *Unrewarding Wealth: The Commercialization and Collapse of Agriculture in a Spanish Basque Town*. Cambridge, Cambridge University Press, 1976).
- (1998): Investigación-acción y desarrollo de una comunidad en una ciudad de La Mancha. *Perspectivas de Gestión*. Vol. III, N?. 1: 28-36.
- GREENWOOD, Davydd y José Luis GONZÁLEZ (con Julio Cantón Alonso, Ino Galparosoro Markaide, Alex Goiricelaya Arruza, Isabel Legarreta Nuin, y Kepa Salaberría Amesti).
- (1990): *Culturas de Fagor: Estudio antropológico de las cooperativas de Mondragón*. San Sebastián, Editorial Txertoa.
- (1992): *Industrial Democracy as Process: Participatory Action Research in the Fagor Cooperative Group of Mondragón*. Assen-Maastricht, Van Gorcum Publishers.
- GREENWOOD, Davydd y Morten LEVIN (1998): *Introduction to Action Research: Social Research for Social Change*. Thousand Oaks, CA, Sage Publications, Inc.

- GUPTA, Akhil y James FERGUSON, eds. (1997): *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*. Berkeley, CA, University of California Press.
- GUSTAVSEN, Björn (1992): *Dialogue and Development: Theory of Communication, Action Research and the Restructuring of Working Life*. Assen, Van Gorcum y Stockholm, Swedish Center for Working Life.
- GUSTAVSEN, Björn, et al eds. (1996): *Concept-driven Development and the Organization of the Process of Change: An Evaluation of th Swedish Work Life Fund*. Philadelphia, John Benjamins Publishers.
- MCGUIGAN, Jim, ed. 1997): *Cultural Methodologies*. London, Sage Publications.
- READINGS, Bill (1996): *The University in Ruins*. Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- SHOR, Ira (1996): *When Students Have Power: Negotiating Authority in a Critical Pedagogy*. Chicago, University of Chicago Press.
- TOULMIN, Stephen (1990): *Cosmopolis: The Hidden Agenda of Modernity*. New York, Free Press.

RESUMEN

Este trabajo afirma que el concepto de observación participante, aunque a menudo tratado como piedra de toque de la investigación antropológica, es ambiguo. No sólo no está clara la «posición» del acto de observar, sino que las nociones de participación no son nítidamente definidas. Utilizando la investigación-acción como punto de referencia, este trabajo hace hincapié en las ambigüedades existentes en estos conceptos y reivindica una re-evaluación de los mismos a la luz de la filosofía pragmática y la «teoría crítica».

ABSTRACT

This paper argues that the concept of participant observation, though often treated as a defining feature of anthropological research, is ambiguous. Not only is the «standpoint» of observation not clear, but the notions of participation are poorly defined. Using action research as a point of reference, this paper emphasizes the ambiguities in these concepts and calls for a re-examination of them in the light of both pragmatic philosophy and critical theory.